

TODA escuela debiera tener, como ésta lo tiene, el culto especial de alguno de los hombres superiores del país: consagrarse, sin perjuicio del estudio general de la historia patria, a investigar y enaltecer una de esas vidas singulares, a fin de que las enseñanzas que de ella emanen perduren en las generaciones sucesivas.

Hay un interés patriótico en conservar el espíritu genuino de cada pueblo, el cual es, antes quizá que el elemento material del territorio, el que infunde vida perenne a la nacionalidad; y ese interés se llena a pesar de las distintas condiciones en que el tiempo nos coloca, reavivando a menudo la memoria y pronunciando día por día el relieve de sucesos y hombres que fueron brotes naturales de la sociedad en que vivimos y que contribuyeron a dar a ésta fuerza y carácter.

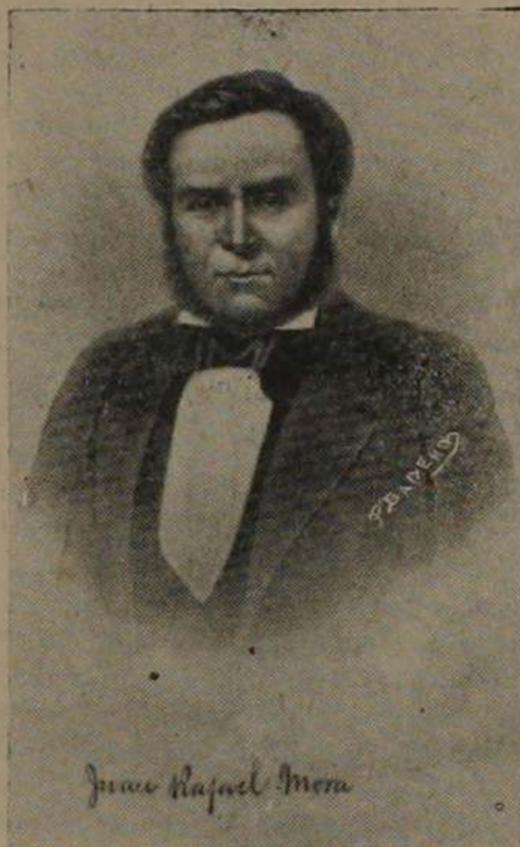
El prócer cuyo nombre ostenta esta escuela como un blasón, es uno de esos ejemplares cuyo estudio ha de ser constante, cuya presencia en el alma de los ciudadanos de hoy y del futuro debe ser cotidiana; menester que maestros y alumnos de este plantel satisfacen con cariño y entusiasmo plausibles. Tan intensa y brillante fué la vida de Mora y tanto se ha dicho y escrito de sus hechos, que es difícil para mí en este momento traeros alguna noción nueva acerca de su excelsa figura. Por eso, y porque vuestros maestros cumplen bien ese deber, no quiero repetir ahora los datos biográficos conocidos, sino detener únicamente vuestra atención en ciertos aspectos de su fecunda existencia.

Aseguran los cronistas que don Juanito, como le llamaban sus contemporáneos en señal de cariño, era afable y afectuoso, inteligente, enérgico y activo; convergían en él, pues, cualidades que parecen contradictorias: trato suave y abierto que le conquistó fácilmente la simpatía general, y acción fuerte y pronta, que le dió éxito estupendo en los negocios y en la vida pública. A los veintiún años escasos, don Juanito fué sometido a dura prueba con la muerte de su padre, don Camilo Mora; la situación económica de su familia era angustiosa y los acreedores urgían el pago de lo debido; nueve hermanos, varios casados y con hijos, tenía el joven Mora. Parecía imposible que tantas necesidades fueran satisfechas a la vez; pero el afán de salvar el decoro de la familia y la memoria querida del padre fallecido, empujó a don Juanito a proponer un arreglo a los acreedores, asumiendo, con la fianza de su padrino don Rafael de Gallegos, el pago de las obligaciones que no alcanzó a cubrir su pequeño, personal patrimonio. Y cumplió con fidelidad su compromiso, pagó todas las deudas y realzó su propia fortuna.

He ahí un gesto de orden privado que revela su afecto filial, pero también su naturaleza heroica, no por los riesgos que corriera su vida, sino por las arduas dificultades de la empresa que tomara en sus manos juveniles; tuvo entonces el valor moral por excelencia, el que construye, el

Palabras

dichas en la Asamblea del 30 de setiembre de 1925, organizada por la Escuela "Juan Rafael Mora", en San José de Costa Rica



que crea, el que se propone hechos superiores a la realidad de los recursos propios, únicamente alentado por esa fe en que la voluntad humana al servicio del bien es un instrumento tan prodigioso como la lámpara de Aladino.

Cuántos afanes, cómo no estrujaría su cabeza de adolescente para defender el capital poseído y para ingeniar operaciones ventajosas; cómo no sería su sujeción a reglas sobrias, a estrecheces de todo género, el orden y método impuestos en la casa y en el negocio, su diligencia y su conocimiento del medio comercial, para que en pocos años convirtiera lo que era un desastre en floreciente bienestar. Ejerció el comercio y cultivó la tierra. Su finca de Las Pavas le dió en 1848, un año antes de ser nombrado Presidente de la República, cinco mil quintales de café, al mismo tiempo que en sociedad con don Vicente Aguilar exportaba treinta mil sacos del grano de oro a los mercados extranjeros. Viajó por distintos países y estableció relaciones con casas del exterior; alcanzó por el influjo de sus negocios variados y crecientes y por la fuerza sugestiva de sus maneras y su austeridad, gran importancia en el movimiento económico y social del país. Era generoso, ayudando a los demás en sus congojas y estimulándolos en sus empeños de mejoramiento. Y naturalmente, sin violencia alguna, sin que causara sorpresa, su personalidad fué destacándose más y más en el ambiente nacional, considerado por su virtud, admirado por sus éxitos y querido por la llaneza de su trato y por los servicios que prodigaba; miembro de familia

acomodada y principal y vinculado con gentes también de peso en la sociedad de entonces, sus prestigios se ensancharon hasta abarcar la esfera política, cuyas cuestiones concebía con prontitud y juzgaba con tino y firmeza. «Mora no había concurrido a las universidades ni obtenido títulos académicos,—dice uno de los comentaristas de su vida,—pero tenía un talento claro y una penetración asombrosa. No pronunciaba extensos discursos; pero cuando tomaba la palabra en público, tocaba el corazón de los asuntos con maestría».

Treinta y tres años tenía cuando, en 1847, fué electo Vicepresidente de la República; y la habilidad y rapidez con que actuó en ausencia del Presidente, Doctor don José María Castro, sofocando la rebelión de Alajuela, afirmaron el acierto y justicia de aquel nombramiento. Ya en la Presidencia, por voluntad popular manifestada en 1849, su gestión fué fecunda. En los tiempos tranquilos de su gobierno, llevó a cabo obras de progreso material y espiritual. Dice nuestra *Cartilla Histórica*: «El cultivo del café tomó gran incremento bajo su administración; se construyeron buenos edificios públicos, entre otros el Palacio Nacional de San José, la Universidad de Santo Tomás, la Fábrica de Licores, un teatro (el primero) y se organizó el ejército. Varios tratados importantes fueron concluidos con naciones extranjeras, especialmente uno con España, en 1850, por el cual este país reconoció la independencia de Costa Rica y su calidad de nación soberana». Además, se logró la creación de la Diócesis de San José, dejando fuera de la de León, Nicaragua, nuestros asuntos religiosos. A raíz de una visita hecha a Costa Rica, bajo la impresión fresca del hombre y sus obras, Thomas Francis Meagher decía de Mora: «Magistrado competente, hombre de inteligencia clara y robusta, enérgico e ilustrado, bajo cuya administración Costa Rica ha tenido la suerte de gozar de un progreso social y material que antes no conocía, adquiriendo una sólida reputación nacional que las repúblicas, sus hermanas, debieran esforzarse en alcanzar y merecer». Por cierto que en nota puesta al pie, Meagher dió la noticia de que Mora había sido derrocado y padecía destierro, pero agregaba que no por ello tenía nada que cambiar a su juicio, dando así a éste un valor moral completo. También un periodista francés, el señor Félix Belly, que estuvo en Costa Rica por primera vez el año 1858, dejó constancia de su concepto acerca de nuestro Presidente en esa época: «Físicamente se parecía a Cavour joven y tenía la iniciativa audaz y la actividad infatigable de éste. Como simple particular había emprendido grandes operaciones comerciales y dado vigoroso impulso al cultivo del café. Convertido en Jefe del Estado, por su popularidad como comerciante y productor, había dotado a San José de un Palacio Nacional que hoy es todavía (1867) el edificio más notable del Istmo; acababa de hacer revisar la legislación del país y Costa Rica le debía un largo período de paz interior y